



LUCERO



NÚM. 163 - IV ÉPOCA - ABRIL/JUNIO 2026

La opinión de nuestros colaboradores no supone que sea compartida por la redacción de LUCERO



SIGUEN LOS DEMÁS CON SUS FESTINES...

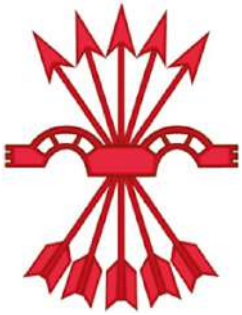
Apenas podemos contener nuestra desazón y asco cuando abrimos las páginas de un periódico o seguimos en la pequeña pantalla las noticias sobre la actualidad nacional. Sobrepasando con mucho las noticias de interés y las que nos pueden ilusionar -como la visita a España del Papa León XIV-, los titulares y las primeras noticias tienen el tufo inconfundible de la corrupción.

Tampoco se trata de una perversión del concepto de democracia, a la que ya estamos acostumbrados por su degeneración en partitocracia, ni de las constantes interferencias (más bien, controles) de un Poder Ejecutivo sobre el Legislativo y el Judicial, sino que nos da la impresión de que el mundo de la política (con minúscula, para distinguirla de la Política o arte y ciencia de gobernar para el Bien Común) solo tiene cabida en las páginas de sucesos, donde ya no son noticia los delitos comunes...

Quedaron en las páginas (ocultas) de las hemerotecas las grandes invocaciones a la transparencia, la honradez y, por supuesto, el servicio a la sociedad española; ahora se han revelado como colosales mentiras para conocimiento de una gran parte del pueblo que creía en aquellas promesas; también han quedado para los restos la posible ejemplaridad de la que hacían gala los aliados del actual Gobierno español, pues casi ninguno osa levantar la voz para una justa denuncia, instalados cómodamente en esa colaboración que no dudamos en calificar de complicidad. Lo malo es que, por una parte, existe todavía ese voto cautivo, basado en descalificaciones y sambenitos (y en estupidez, añadiríamos) y, por la otra, gran parte de la Oposición no pasa de las palabras y es incapaz de frenar esta ola de desaguisados. Tampoco las Instituciones, con sus resortes constitucionales, hacen frente a la situación.

Parece tópico recordarlo, pero nosotros persistimos en preferir el aire libre, descontaminado, mientras los demás siguen con sus festines, ahora derivados muchas veces en auténticas orgías; lo malo es que este permanecer bajo la noche clara puede dar lugar a la rutina, al conformismo inoperante. Y, en ocasiones, echamos en falta la presencia de las estrellas, y, sobre todo, de una Estrella Polar que señale, inequívocamente, un Norte seguro para España. Tenemos que releer el Envío muchas veces, y fijarnos, sobre todo, en su conclusión final: Pon tus ojos arriba, siempre arriba.

EL DIRECTOR



PREPOLÍTICA

Ser hoy falangista tiene un significado prepolítico en el fondo, pues hay que asumir las bases axiológicas (valores) y los profundos calados en los que se sustentó toda la arquitectura política de José Antonio; claro que se puede uno limitar a estar de acuerdo con propuestas y medidas para la sociedad, pero, en realidad, para definirse de ese modo se requiere bucear en la sustentación y no quedarse en la superficie, que es siempre cambiante según las circunstancias.

Hablamos, pues, de interiorización de lo esencial, de acuerdo con aquella vieja consigna: la revolución empieza en uno mismo; y vayamos al sentido etimológico de revolución: cosas nuevas (res novae), que residen en lo prepolítico. Y empezamos con la consideración espiritual, humanista y personalista del ser humano, pues el Fundador partía de ello para elaborar sus planteamientos políticos. El ser humano -y no el Estado (fascismo), la clase social (marxismo) o la nación (nacionalismos) lo sustenta todo, pues es considerado como “envoltura carnal de un alma, capaz de condenarse o de salvarse”; es decir, un sentido trascendente de la vida del hombre, dotado de “dignidad, libertad e integridad, como valores eternos e intangibles”. Ese ser humano es persona, o sea, siempre en relación al otro al vivir en sociedad, no concebida como un pacto, sino como condición inherente a su ser.

La sociedad, históricamente, se configura en determinados modelos, y el principal es la patria, que no es una unidad sustentada en razones identitarias, físicas, étnicas, lingüísticas o geográficas, sino que está concebida como destino y estilo: lo primero, en lo universal; lo segundo, con una constante que es “la interpretación española, cristiana y occidental de la existencia”; hoy en día, las patrias adoptan la forma de Estado nacional, que puede ser superado en el futuro por inclusiones más amplias, hasta una situación final, que es “la unidad del género humano”.

El hombre colabora en la sociedad mediante su trabajo, que, por ser precisamente humano, tiene su dignidad, distinta de la utilidad de las cosas, esas que denominamos capital; el trabajo es “la proyección del hombre sobre las cosas” y se sustenta en el derecho de propiedad, sea en forma individual o colectiva; por ello, se califica el trabajo también como espiritual, y lo son también las agrupaciones de trabajadores (gremios, cooperativas, sindicatos). Del mismo modo, la proyección de una Patria sobre el universo (imperio) es también espiritual.

Todo lo demás -como proyectar todo lo dicho sobre el conjunto de la sociedad- pertenece al campo de lo político, que requiere una identificación con otros para hacer realidad el proyecto de fines idénticos. Y esto entra en el campo de la oportunidad y la posibilidad real de hacerlo y en el de los instrumentos o medios para ello.

LUIS MAGRAÍN LÓPEZ



UN TEXTO DE SEBASTIÁN PÉREZ

Nuestro camarada valenciano, Sebastián Pérez, dejó sin concluir una reflexión histórica que merece su publicación; fue perfilado y completado por otro camarada valenciano, amigo suyo, José M.^a Felip, quien nos lo ha remitido para nuestro conocimiento, lectura y posible debate. Su título es “Rebeldes vendidos”, y nos introduce en aspectos históricos y filosóficos que relaciona con la historia de las organizaciones del Frente de Juventudes.

Como su extensión supera la posibilidad de estas páginas en LUCE-RO, lo hemos remitido a la página LA RAZÓN DE LA PROA, juntamente con unas Apostillas de Manuel Parra. Está, pues, a disposición de nuestros lectores en la página indicada, y seguro que será motivo de reflexión para todos. Y, cómo no, de recuerdo de Sebas, quien nos acompañó en tantos campamentos y albergues a lo largo de su vida.



(Sin destinatario fijo)

EL DUALISMO DE LAS ESPAÑAS

Tratar de las Españas suena, por una parte, a arcaísmo, y, por la otra, a ilusorio en la actualidad, pues bastante tenemos con tratar de impedir que nos arruinen y dividan la que tenemos. La expresión puede proceder de tiempos remotos, cuando los diferentes reinos empeñados en reconquistar el territorio (cuando no lidiaban entre ellos) eran conscientes en el fondo de que procedían de un tronco común, el de la Monarquía Visigótica arrasada en la supuesta batalla de Guadalete por la morisma.

No me refiero a aquella encrucijada histórica en estas líneas, sino que intento analizar diversas concepciones de España en situaciones más cercanas a nuestra mentalidad y a nuestras expectativas, movido no por un españolismo (cuya sola mención me desagrade, al igual que le ocurría a José Antonio Primo de Rivera), sino por una españolidad, vocablo que recoge mejor, a mi modo de ver, ese valor llamado patriotismo, que tan poco se menciona en nuestros días.

Vamos, por tanto, de entrada, a retroceder solo un par de siglos. Las dos Españas del XIX hacen referencia a una época catastrófica, que hacía exclamar a un profesor de historia que “si no fuera porque es para llorar, sería para reír”. Dos concepciones se enfrentan en tres cruentas guerras civiles: por una parte, la tradicional, que defiende el absolutismo, la tradición y la fundamentación católica de la política, apegada a la Iglesia, en una simbiosis de Trono y Altar, y los antiguos fueros regionales; por otra, la liberal, considerada moderna, que se considera heredera de la revolución francesa, con todos los aditamentos que han ido sucediéndose en Europa, unitaria y centralista; en economía, la primera concepción se sustenta en las antiguas formas gremiales; la segunda, en las ventajas y desdichas provenientes de la I Revolución Industrial.

Estas dos Españas desembarcan en el siglo XX con variantes, la principal de ellas sustentada en la miseria, la incultura y la inevitable lucha de clases. Son la España de la derecha y de la izquierda, incapaces de acuerdo, y que harán exclamar al poeta los conocidos versos de “españolito que vienes al mundo / te guarde Dios; / una de las dos Españas / ha de helarte el corazón”.

Y el hielo sobrevenido en el alma de los españoles se convierte en fuego en los años 30 del siglo XX: la guerra civil del 36 parte por la mitad una nación, escinde generaciones y separa, a sangre y muerte, a los hombres: derecha e izquierda combaten en el campo de batalla. Inevitablemente, la victoria de uno de los dos bandos conllevaría, de entrada, mantener la distancia entre vencedores y vencidos,

Aunque hoy en día nos pueden parecer, a algunos, exageradas las concepciones provenientes del resultado de la contienda, las expresiones del momento no se hurtan de entender que hay una España verdadera frente a una Antiespaña. Bien es verdad que, entre los vencidos, hubo quienes prefirieron un viva Rusia frente a un viva España, pero, si escudriñamos posturas personales e ideológicas, volvían a estar frente a frente dos interpretaciones españolas, subdivididas a su vez en posiciones ideológicas que aparecían como irreconciliables. Era imposible sustraerse al impasse histórico.

El proyecto joseantoniano, de origen orteguiano, de promover un movimiento integrador que superase la dicotomía derecha-izquierda y un Estado igualmente inclusivo está llamado a ser desoído y arrastrado al enfrentamiento fratricida que sobrevino; no se escuchó su voz, que afirmaba que “no puede haber vida nacional en una patria escindida en dos mitades irreconciliables: la de los vencidos, rencorosos en su derrota, y la de los vencedores, embriagados con su triunfo”.

CONTINÚA

En los años 50 del siglo pasado, Pedro Laín Entralgo publica "España como problema"; este pensador fue evolucionando desde sus posiciones iniciales a otras que consideraba más acordes con las nuevas coyunturas históricas sobrevenidas tras la 2ª GM, pero, al igual que a otros de su generación (Tovar, Ridruejo), nunca dejó de perseverar en la admiración y el respeto por la figura y el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera; pues bien, en esta línea, propone como exigencia principal para solucionar ese problema "una efectiva voluntad de integración nacional", pues "en la España a que yo aspiro pueden y deben convivir amistosamente Cajal y Juan Belmonte, la herencia de San Ignacio y la estimación de Unamuno, el pensamiento de Santo Tomás y el de Ortega...". El libro fue contestado por Rafael Calvo Serer, con "España sin problema", en el que este autor (entonces apegado a las tesis más tradicionales) contradecía esta voluntad integradora, volviendo a un maniqueísmo excluyente.

Tampoco quisiera dejar de mencionar la que fue, quizás, la herencia más pura de lo joseantoniano, la que representó la labor integradora de aquel Frente de Juventudes, donde convivían españolitos sin distinción de las trincheras en que habían combatido sus padres; por propio testimonio, puedo referirme a la etapa que viví, la de los años 60, donde ni se mencionaba aquella guerra civil que había escindido a los españoles. Puedo afirmar por ello que la verdadera reconciliación empezó bajo las lonas campamentales...

Mas, como también recuerda Laín, esa voluntad de integración solo puede lograrse si existe un gran proyecto nacional, ausente total o parcialmente en nuestra historia reciente. Hasta estos momentos, los diferentes regímenes políticos no han atinado con ese proyecto...

Ortega y Gasset, el maestro de la generación del 36 y de las siguientes (hasta ser olvidado y ninguneado en nuestros días) distinguía también entre dos Españas: la oficial y la real, y propugnaba que la primera se adaptara a la segunda.

Sin caer en un catastrofismo excesivo, se nos antoja que esa clasificación también ha quedado superada en nuestros días, y no por los propósitos de Ortega, sino porque la España real ha sido absorbida, en su mentalidad y en sus usos por la España oficial. No quiere decir esto, ni mucho menos, que esta se haya asimilado a los verdaderos problemas de la población española, todo lo contrario. La España Oficial está más que nunca de espaldas a los intereses nacionales, tanto materiales como ideales; la democracia liberal que sucedió al franquismo se asimiló a los procedimientos habituales de las otras oligarquías políticas y económicas occidentales y, en nuestros días, puede aceptarse el aparente oximoron de un totalitarismo democrático para nuestra nación.

Pero muchos componentes de la España real -no generalicemos, sin embargo- están conformes con esa tendencia, y su mentalidad no difiere mucho de la de sus representantes y gobernantes: desde la cultura del pelotazo, hasta la desafección hacia el patriotismo, toda estas características están presentes en una mayoría del pueblo español, que se coloca de espaldas a una concepción integradora.

Han vuelto -resucitados por las maniobras oficiales- los rencores y encasillamientos cerrados en posiciones de derecha, calificados de fascismo o ultraderechismo por sus oponentes-, y en posturas de izquierda, tendentes al radicalismo, en un revival de ya soterrados odios que provienen, nada menos, que de aquella guerra civil que nuestra generación había superado y olvidado. Las memorias de los últimos gobiernos socialistas han sacado los esqueletos de los armarios polvorientos.

Por ello, algunos acudimos a la tercera interpretación dual de España. No ya la de una España verdadera frente a una Anti-españa, ni al abismo entre la oficial y la real, sino a la interpretación de José Antonio entre la España física y la España metafísica.

No cabe oponer la España metafísica a una España de carne y hueso, y sí entroncarla con un "modelo en un eterno patrio, indefectible, que rebasa incluso cualquier realidad física" (Argaya); el mundo de las ideas platónico es siempre una aspiración, un ideal, no una contraposición a la evidencia; es lo auténtico frente a lo ficticio; es la España afirmada en su verdadero ser, en su esencia nacional, frente al relativismo del liberalismo y al materialismo del neomarxismo.

Tampoco es un identitarismo, pues no se basa en un supuesto espíritu del pueblo, de base romántica, ni un etnicismo, sea racial, geográfico, cultural o lingüístico. Se trata de anclar el concepto de España en los terrenos de lo permanente, de lo eterno, con todas las salvedades que esta última palabra pueda tener al referirse a la Trascendencia humana.

La España física es la que "amamos porque no nos gusta", pero no refiriéndose erróneamente al paisaje, sino la que debe ser superada al tener por horizonte ese más allá que sustenta la palabra metafísica. No supone, por lo tanto, alejarse de los problemas concretos, cotidianos de una población, sino volcarse en ellos con la atención puesta en un futuro.

Esa mirada puesta en la España metafísica es integradora, pues presupone que la patria es de todos, con todos y para todos, deja atrás los rencores y parcialismos del pasado y desprecia las interpretaciones chatas y vulgares, como la del mencionado españolismo.

En todo caso, la concreción de esa búsqueda metafísica dejaría de helar el corazón de los españoles...

MANUEL PARRA CELAYA



POESÍA

Todos hemos leído aquellas bellas palabras de José Antonio en el llamado Discurso Fundacional: “A los pueblos nada más los mueven los poetas...”, para seguir comparando “la poesía que promete” frente a “la que destruye”. Pero podemos preguntarnos si acaso no fue más que una frase intercalada en su intervención, y si continúa vigente en medio de un mundo que nos ofrece de todo, menos de poesía.

La palabra poesía equivale, etimológicamente, a creación; luego, adquiere su dimensión estética, pues se relaciona con la búsqueda de la belleza; el poeta es aquel que crea su obra bella y, como dice Goytisolo, la toma del pueblo y la devuelve a este transformada. Es decir, que su origen es esa voz anónima y generalizada, que quizás no atina a conformarla y, por tanto, debe el poeta -el que crea- le da forma y especifica su contenido estéticamente, lo que obliga, también, a que esa belleza no quede en un simple adorno.

El pensamiento joseantoniano -lo esencial de él- encierra una propuesta de creación, de construcción de una sociedad presidida por verdad, belleza y bien, los tres conceptos a los que aspira, a veces sin saberlo, toda la humanidad; una sociedad en la que se aúnen la justicia, la libertad, el orden y la unidad. Otra cosa es que ese pensamiento quedara en una especie de juegos florales y que, incluso, muchos de los que se consideraban sus seguidores se quedaran en esa interpretación...

Se ha dicho muchas veces, por propios y ajenos, que la plasmación más exacta y fiel de lo joseantoniano estuvo plasmada en los jóvenes afiliados del Frente de Juventudes y no en otras instituciones que se limitaban, una o dos veces al año, a glosar frases estereotipadas.

Y lo podemos comprobar si repasamos nuestros años de juventud en aquellas Falanges Juveniles o en la posterior Organización Juvenil Española: nuestras canciones eran promesas personales de esa búsqueda de creación y, a la par, de belleza; persistíamos en ello aunque los entornos fueran hostiles o deformadores; nuestras inquietudes intentaban plasmar en la práctica aquella verdadera poesía; y, aunque no lo lográbamos, quedaba en nuestro interior el regusto, y también la amargura, de que participábamos de una interpretación occidental, cristiana y española de la vida y de la historia, que era lo que nos definía y a lo que llamábamos estilo o modo de ser; si no podíamos exteriorizar nuestros deseos, sí los habíamos interiorizado.

Persistamos, pues, en esa poesía, de creación y de belleza; y digamos, como en el antiguo romance: Si no vencí reyes moros, engendré quien los venciera.

ÓSCAR NIETO



RECUERDOS DE JUVENTUD

1965: 71ª promoción de Jefes de Centuria y 11ª de jefes de Grupo en el Raso de la Nava de Covalada. El programa iba avanzando, en sus clases teóricas y en sus prácticas, bajo el clima de disciplina propio de los cursos de mandos en aquella época. Con todo, me sentía algo defraudado, pues escasamente se tocaban temas que tuvieran que ver con un falangismo juvenil y, además, los elementos de simbología venían dados de forma inexorable de acuerdo con la norma oficial, y los cursillistas debían acomodarse a lo que dispusiera la Jefatura Central, sin escapatoria alguna. Claro que eso ocurrió hasta que, en el Día de la Familia, se celebró el 25º aniversario de la fundación del Frente de Juventudes, y la asistencia de los antiguos miembros de Madrid rompió el protocolo; sus formaciones nos retrotraían a lo que considerábamos -acertada o equivocadamente- otras épocas, que empalmaban con nuestros presupuestos.

Sin embargo, en nuestra acampada (Círculo Miguel de Cervantes, II Centuria), cada atardecer, se celebraban reuniones “a puerta cerrada” (es decir, dentro de las tiendas), en las que diversos camaradas nos explicaban que era eso del Nacionalindicalismo de verdad y qué diferencias había con la evidencia social y política. Algunos de esos profesores improvisados eran cursillistas de la Academia “José Antonio”; otros, mandos o dirigentes de los distritos madrileños, y allí se hablaba, a calzón quitado, de la necesidad de una Nueva Fundación...

Con 16 años, aquellas sesiones casi clandestinas me iban abriendo los ojos a un falangismo modernizado y actual, con visos de cobrar fuerza cuando las “previsiones sucesorias” se hicieran realidad. Luego, en la Transición, menudearon los disgustos, las desilusiones, pero permaneció aquella FE alumbrada, apenas, en el crepúsculo soriano.

Miguel Pujadas Cabestany



¡ESAS HEMEROTECAS!

Un buen amigo y camarada me ha sorprendido al enviarme por correo electrónico un BOE del lejano año de 1979, donde figuraban las candidaturas para las elecciones generales de aquel año; en primer lugar, la denominada Unidad Falangista, presidida por el inolvidable Joaquín Fernández, y en la que constábamos algunos miembros actuales de nuestra Hermandad; junto a ella, las candidaturas de las diversas falanges en liza que se presentaban, donde también figuraban nombres conocidos, que creían rescatar algo familiar bajo diversas siglas.

Mi comentario de respuesta al mencionado correo fue triple: por una parte, un ubi sunt? Manriqueño, pues de alguno de los nombres - aparte de los que ya no comparten la vida terrenal- ignoramos su paradero actual y, por supuesto, su fidelidad ideológica y su recorrido. Por la otra, una inevitable tristeza, al pensar cuántas ocasiones perdidas provocó aquella insana división entre históricos, independientes, auténticos..., sin contar las consiguientes escisiones y “refundaciones” que se experimentaron con los años.

Y, finalmente, el aspecto optimista de que, a algunos, nos queda José Antonio, es decir, el propósito de profundizar en su mensaje, rescatar lo muchos de válido del mismo y, separando lo coyuntural y anecdótico de lo permanente, intentar traerlo al siglo XXI, es decir, a nuestros días, para que no quede como pieza de museo. Con todo, un recuerdo y una oración para los que pasaron a los Luceros, y un abrazo de amistad y/o camaradería para los que siguen en el propósito de que, incidiendo en lo esencial, en lo que nos une y no en lo que nos separa, trabajemos juntos en ese rescate intemporal de unos planteamientos joseantonianos.

Ricardo



EL ÚLTIMO DE LA O.J.

Nos enteramos a destiempo, pues nadie avisó de su fallecimiento, pero no podemos dejar de recordar en estas páginas a un buen camarada, José Luis Yarza Oñate, asociado de nuestra Hermandad. Murió en octubre de 2025, a los 94 años, tras una penosa enfermedad. Lo traemos -a destiempo, quizás- a estas páginas que él siempre leía con ilusión, pues fue el último de la Organización Juvenil que permanecía en nuestros listados, es decir, que su afiliación fue previa a las FF.JJ. de F.

En sus últimas comparecencias, nos deleitaba con su armónica; concretamente era asiduo a las Cantinas Navideñas que los veteranos dedicamos, año tras año, a nuestros jóvenes camaradas del Hogar “Laies” de la OJE. Su historial no cabe en esta humilde reseña: en 1953 fue piloto militar y, después, profesor de Vuelo sin motor; a su profesión castrense, unía una amplia cultura, pues hablaba cinco idiomas; también ejerció como traductor para Editorial Bruguera. Tenía cinco hijos, que seguro echarán en falta -como nosotros- a su excelente padre.

Ahora estará gozando de esa vida que no acaba, en presencia del Buen Dios, y no precisará de otras alas para volar que las que le proporciona a su alma el premio de su vida abnegada. Recemos por él, pues ya está Presente para siempre en nuestro recuerdo de camaradas.